

Cultura a la contra

Avant-Garde, vieja guardia

La gente más moderna de Madrid es vejisima; los seguidores de los últimos movimientos, los entusiastas de los más jóvenes y estrepitosos grupos de "rock" suelen ser chicos y chicas de treinta años para arriba, sesudos y sabios licenciados en Ciencias Políticas o en Sociología, hartos de saber inconsecuente e inconsistente, que han descubierto en lo fútil de la modernidad un campo extenso y rico para poner en práctica sus juegucitos, para divertirse más y mejor. Son todos ricos (bueno, tienen para un pasar), guapos y felices; han tenido éxito en sus carreras, o van camino de él. Y sonríen, sonríen, sonríen ante su raya de coca y su copa de champán (catalán, pero tampoco importa mucho) mezclada con zumo de naranja. En los años cincuenta estarían en algún partido político; antes, en una sociedad secreta mágica; ahora, ambas soluciones al tedio resultan bastante pasadas de moda, inoperantes. El famoso "desencanto" producido por la democracia colamalteada ha abierto una nueva vía a lo lúdico, y ha potenciado la industria del disco, de la moda informal y de la hostelería (sección bares).

La vanguardista vieja guardia se reúne en bares brillantes y multicolores, no ya en cafés sombríos. Allí gozan de los placeres de la buena música y de la mejor compañía; no de la conversación, que se va haciendo como innecesaria o, lo que es lo mismo, inactual. ¿Para qué repetir clichés verbales, cuando ya hay sofisticados aparatos sonoros que nos dan clichés musicales? Hemos pasado de la música con estilo propio a la música de fotomatón, donde cualquiera puede reconocerse; y si las fotos automáticas se ponen en los carnets de identidad, precisamente para borrar cualquier rasgo de identidad, la música automática que sale de los estéreos sirve para borrar cualquier punto de referencia auditivo, para instalarnos en un maravilloso mundo sin contrastes, sin nitidez: todo se borra en el confort de lo efímero, siempre igual a sí mismo, siempre distinto también. Nadamos en sonidos sin significado, y nos complacemos en una niebla de euforia. La coca —droga de moda— ayuda precisamente a esta indiferenciación: el exceso de velocidad confunde los detalles del paisaje mental que atravesamos en tranquilo frenesí.

En la calle de Jardines, 3, se ha abierto un local sin nombre, un café-concierto que es modélico en este sentido: su interior es amplio y brillante jardín de espejos y de luces anaranjadas. Por él pulula, danza, se agita y se emborracha moderadamente —la borrachera, que tuvo un cierto auge hace unos años, al quedar el personal algo decepcionado por la cosa alucinógena, se vuelve a pasar de moda: no es lo suficientemente rápida— la avant-garde madrileña. Están en su ambiente: en una pecera donde el aire refugie, donde pueden brillar con luz propia y prestada los viejos/jóvenes y los jóvenes/viejos. Se trata de un invernadero hermoso y elegante, abierto a la extravagancia —la vanguardia siempre se ha encontrado a sí misma en el cultivo de la extravagancia— siempre que se manifieste de una manera no hiriente; de un escaparate para elegidos, donde todos nos conocemos, de nombre o de cara. Ya está todo dicho entre nosotros, no necesitamos tender puentes innecesarios, ni eliminar barreras que no tienen por qué existir. Y no se trata, desde luego, de un club privado; selecto, sí, pero por selección natural. A nadie se impide la entrada, a nadie se arroja a la calle: quien allí va, sabe lo que le espera: un cierto frenesí, un juego en la noche de una ciudad donde es cada vez más difícil, más caro y más peligroso jugar.

Salones abiertos a la locura controlada, como éste, hace cada vez más falta: lugares donde se pueda tomar una o varias copas, escuchar a los últimos grupos locales —los hay, y muy interesantes— hacer su música; gozar con un recital de poesía o con una representación de teatro de bolsillo. Todo ello entre amigos, entre caras conocidas. Pero con un amplio margen abierto a la sorpresa, elemento indispensable para cualquier juego. A la posibilidad de diversión, de magia y de encanto; al lujo, en fin, de la noche.

EDUARDO HARO IBARS. ■



"Ahola no es de leil", de Alfonso Sastre.

críticos —la concepción colonialista de la patria—, se generaliza el discurso político, pero quizá se pierde la medida y disminuye la "gracia vergonzosa", por decirlo con una adjetivización del propio autor, que si tenía el original. Sastre se había planteado un "antisainete", un sainete trágico, con reminiscencias costumbristas manejadas ahora dentro de un orden poético convencional. Al modo, por ejemplo, de Valle en "Las galas del difunto". Tal como ha quedado, quizá sea menos evidente ese naturalismo irónico, cruzada como está la representación de imágenes solemnes y sometida a un ritmo lento que subraya la carga ideológica.

Lo que sí permanece en su integridad es el inesperado lenguaje del original, mezcla, según explica Sastre, del "caliente" (habla "golfá" fronteriza), del "taleguero" (habla de la cárcel), del "merchero" (habla "quinquillera") y del "caló" propiamente dicho (gitano). Con eso y alguna palabra cubana, los dos personajes andan por la isla tan ajenos como si hubieran trasladado allí, con ellos, su barrio y su ambiente. La investigación, aparte de su interés lingüístico, se inscribe de lleno en la reproducción de los vocablos y giros populares que es propia del sainete, sólo que esta vez, en lugar de recurrir al lenguaje más o menos acuñado por Arniches, el autor incorpora el que ha oído —cárcel de Carabanchel incluida— en boca de los más humildes. La crueldad automática de los dos pícaros, la aplicación sistemática de medidas de defensa personal —"agarrar a cualquier chino para que no

les condenen por el que escapó"—, nos remiten, lejos de cualquier magnificación idealista de la clase popular, a la realidad resultante de un determinado sistema ideológico...

Añadamos que el Gayo ha renovado su sala, que ha cambiado sus butacas, construido un escenario y mejorado sus luces. Y que el esfuerzo ha ido acompañado de la presentación de una compañía titular, de la que forman parte Miguel Gallardo, Miguel Zúñiga, Laurita Palacios, Antonio Chaperó, Mikel Elguezábal y Alfonso Asenjo. Un equipo de colaboradores, dirigidos por Juan Margallo, asegura el buen nivel técnico de cuantos elementos conforman la producción. ■ JOSE MONLEON.

"La fiera, el rayo y la piedra", de Calderón

Lo que nadie podrá negarle a la Real Escuela Superior de Arte Dramático es valor. Afrontar esta larguísima "comedia mitológica" de Calderón, con 18 personajes, más "parcas, ciclopes, gente, etcétera", reducirla a menos de dos horas, y ofrecerla desde un escenario como el María Guerrero, es una de esas tareas que pueden acabar en el más hondo precipicio. La historia —o historias— que cuenta Calderón es complicadísima y el verso difícil y enrevesado. A los pocos minutos, el espectador medio renuncia a enterarse de la fábula y de quién es cada personaje y por qué está allí. Y es precisamente entonces cuando lo inesperado se